

5.4

DERIVADAS E INTEGRALES DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO. LA RECUPERACIÓN DE LAS MUJERES VÍCTIMAS

Miguel Lorente Acosta

Coordinador General de los Institutos de Medicina Legal de Andalucía
Profesor Asociado de Medicina Legal. Universidad de Granada



1. Las derivadas de la violencia de género

La violencia de género no es una manifestación más de la violencia social interpersonal. No entender esta realidad no conocer sus características diferenciales y los elementos que la configuran, impiden comprender por qué son necesarias medidas específicas a diferencia de otras manifestaciones violentas, y por qué la aproximación al estudio y las medidas a desarrollar ha de ser global, pues es la única forma de integrar todas las manifestaciones que se producen cuando la realidad se presenta protagonizada por uno de los casos.

La violencia contra las mujeres se caracteriza por una serie de elementos alrededor de dos grandes referencias que nacen del objetivo de la misma, que no es otro que conseguir el control de la mujer en el seno de la relación de pareja. La primera referencia es la forma de llevarse a cabo, que viene caracterizada por tratarse de una violencia “inmotivada” que puede estallar ante cualquier situación que el agresor considere como ofensiva a su posición o a los criterios que, según él, deben definir la relación establecida. También es una violencia “extendida”, que no se queda en la mujer que la sufre de manera directa, sino que también afecta a los menores que conviven en ese ambiente, en el 40% de los casos también de manera directa, pero en el 100% como consecuencia de estar expuestos a ese clima de violencia. Finalmente, en lo que se refiere a la forma de producirse, se trata de una violencia “excesiva”, elemento que indi-

ca que el grado de aplicación es mucho más intenso a la teórica proporcionalidad que el conflicto que la ocasiona podría hacer esperar en comparación con otro tipo de violencias. La intensidad de las agresiones aparece como una de las claves para entender las motivaciones de las que parte y los objetivos que pretenden, pues el efecto que consiguen es aleccionar a la mujer para que asuma las imposiciones del agresor sobre la amenaza objetiva de la violencia manifiesta.

La segunda referencia es el tiempo en su presentación. La violencia de género es un proceso que se va construyendo de manera paulatina, y como tal se caracteriza fundamentalmente por su continuidad, no se trata de una repetición de hechos aislados con más o menos frecuencia, o con mayor o menor intensidad, sino que es la propia permanencia en la violencia el elemento fundamental para conseguir los objetivos que pretende el maltratador. Pero para que esta violencia pueda iniciarse y hacerlo desde una posición basada en el afecto y el cariño, la consideración del objeto de la violencia y la argumentación surgida sobre su justificación deben partir de una desconsideración de la víctima, pues de lo contrario, bien por los valores generales de la cultura, o bien por los sentimientos individuales de la relación, dicha violencia no tendría cabida.

Para ello, la relación de pareja se convierte en el principal elemento capaz de invisibilizar el siempre impactante resultado de la violencia de género. Y lo hace por un doble mecanismo, uno de cara al exterior y otro de carácter interno. El primero de ellos actúa como una barrera, como si se tratara de una protección para que todo quede limitado y reducido a un mundo interno y privado en el que no sólo rige la ley del más fuerte, sino que además se recuerda sobre su demostración objetiva. Desde fuera nada se ve y nada se quiere ver, pero desde dentro tampoco, pues el mecanismo interno hace que todo deba interpretarse bajo las referencias particulares impuestas en ese “micro-orden” que es el hogar o la relación, de manera que lo que objetivamente es reproachable y rechazable, en esas circunstancias queda justificado por argumentos puntuales que sólo cobran sentido cuando la violencia ya se ha producido, pues nunca serían suficientes para entender que en su nombre se puede ejercer una conducta violenta. La relación de pareja, como la luna o como el fantasma de la ópera, aparece con una cara oculta para hacerse luego invisible, de modo que el todo de la violencia se toma como la parte de las agresiones, las cuales se justifican y quedan como la nada, como lo inexistente, no por irreal o inmaterial, sino por no tener un contraste crítico que rechace la violencia y se limite sólo a criticar lo excesivo de determinadas agresiones, presentando el resto como algo natural en determinadas circunstancias.

La violencia ha quedado integrada dentro de las posibles alternativas que pueden ocurrir en las muchas parejas que existen en una sociedad, siempre y cuando se den una serie de circunstancias para que esto suceda. El argumento socio-cultural, según esa concepción, queda desmontado por general y difuso, y aunque esté ahí, no es suficiente si no nos vamos aproximando a las circunstancias particulares e individuales de cada una de las agresiones. De este modo, un problema general que necesita de esa matriz cultural patriarcal para que se produzca de manera generalizada y de formas muy distintas, no sólo con las agresiones graves que se ven en los Juzgados o en los medios de comunicación, ha quedado reducido a una serie de circunstancias particulares en las que el conflicto, ese enfrentamiento o discusión, se presenta como clave, pero a pesar de ello se logra reducir más, y se llega hasta los elementos individuales de la personalidad del agresor y de la víctima.

No estamos hablando, por tanto, de agresiones físicas graves en cuanto al resultado, se trata de una forma de ejercer el poder y la violencia que se manifestará de múltiples formas, desde la imperceptible que lleva a cabo el maltratador psicológico hasta la más que evidente del explosivo o del psicopático, pero en ningún caso serán las circunstancias particulares e individuales las que puedan dar sentido al porqué de una violencia histórica y estructural, sino los factores socio-culturales relacionados con el androcentrismo. De hecho si quitáramos los factores individuales que afectan a los casos conocidos veríamos que podrían desaparecer algunas de las agresiones, pero en ningún caso desaparecerían todas ellas, ni aún menos, la violencia contra las mujeres. En cambio, si pudiésemos crear ese modelo virtual en el que reinara la igualdad, comprobaríamos que no existiría una situación estructural de violencia contra las mujeres; se podrían producir casos, que sí serían aislados, pero no habría una situación generalizada que incidiera primero en su producción y luego a en su justificación y minimización.

Confundir la violencia con las agresiones y de estas tomar sólo las más graves, adoptar medidas para solucionar el problema bajo esa concepción, es como tomar el síntoma por la enfermedad y el tratamiento sintomatológico por la solución del problema de salud que genera todo el cuadro sintomático, desde el signo más leve hasta el más grave de los síntomas, ese que ha llamado nuestra atención de entre los demás.

Entender la violencia en todas sus dimensiones nos la presenta como la manifestación más objetiva del trato indigno, pues el concepto de “trato” exige una continuidad en el tiempo y en las conductas que se han establecido, y la indignidad, como ataque a la dignidad se refleja en una vulneración sistemática de los Derechos Humanos, tal y como recoge la Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer de Naciones Unidas (Resolución de la Asamblea General 48/104 del 20 de diciembre de 1993), que literalmente establece que *“la violencia contra la mujer constituye una violación de los derechos humanos y las libertades fundamentales e impide total o parcialmente a la mujer gozar de dichos derechos y libertades, y preocupada por el descuido de larga data de la protección y fomento de esos derechos y libertades en casos de violencia contra la mujer”*.

La construcción de la violencia contra las mujeres atenta de manera directa contra su integridad moral, sólo un ataque contra los valores que llevan a las personas a ser consideradas como algo más que un objeto o instrumento de uso, permite desarrollar una conducta capaz de desembocar en las agresiones sistemáticas a la integridad física y psíquica.

La dignidad como derecho fundamental puede ser entendida, tal y como señala Estévez Araujo, como el “derecho a tener derechos”, y el agresor lo que hace es desarrollar un trato indigno partiendo de una falta de respeto a la dignidad para ir anulando todos y cada uno de los demás derechos de la mujer como ciudadana, más que por su desaparición material, por su reconducción hacia la voluntad del maltratador, que en todo momento podrá decidir por ella cuando se haya establecido el control. Es el trato indigno, degradante y humillante que desarrolla por medio de la violencia para que después cada uno de los golpes sólo sea una confirmación, una forma de apuntalar la estructura violenta levantada.

Es esa visión global del significado de la violencia la que puede contribuir a cambiar los valores sobre los que se sustenta, la reducción del problema a cada una de sus manifestaciones para así desintegrarlo como un todo, y el dar más valor a aquellas actuaciones que tienen un mayor impacto en la sociedad, permite que la aproximación jurídica cobre un papel preponderante, lo cual facilita el desarrollo de medidas que vengán a solventar las graves cuestiones judiciales que se suscitan ante el conocimiento de estos casos, pero poco pueden hacer sobre las otras cuestiones que también aparecen, y aún menos sobre los casos que nunca terminan en una denuncia ni sobre las agresiones anteriores a la misma.

La ley es una referencia fundamental, pero no es la única, de lo contrario no habría posibilidad de modificarla y adaptarla al progreso de la sociedad y al estado del conocimiento en cada momento histórico. La sociedad puede sancionar determinadas conductas de una forma u otra, pero lo que no puede hacer es desconocer el significado de las mismas, pues en dicho caso, su esencia podrá ser camuflada con cualquier argumento en su origen o con cualquier justificación en su final, una vez que ya se han producido. Es lo que ha ocurrido con la violencia de género, y por eso es importante que desde la sociedad se vea esta agresión a la integridad moral como un elemento clave de la misma, como una tortura doméstica o de género para perpetuar la desigualdad.

No todos los casos de violencia cuando son conocidos tras la denuncia están en fases en las que esta estrategia se ha establecido, ni todos llegan al final de ella, pero el trayecto es el mismo para ellos, y la diferencia está en la percepción de control y dominio conseguida por el agresor y en los riesgos dispuestos a aceptar, por eso la aproximación a su estudio debe ser global, y considerar cada uno de ellos con relación a esta evolución general de la violencia de género, de lo contrario las actuaciones serán sintomáticas, desconsiderando la etiología y las razones de esta violencia, lo cual significa que si supera ese abordaje hacia las manifestaciones, se puede entrar en una dinámica oscura de violencia que anule a la mujer.

La violencia contra las mujeres es diferente al resto de las conductas violentas por su significado, por los objetivos que pretende y por las motivaciones desde las que se ejerce, las cuales parten de la figura de autoridad del agresor y de la legitimidad para corregir aquello que él considera desviado, y así debe ser analizada para actuar sobre los casos que se han producido, para evitar agresiones repetidas, para prevenir nuevos sucesos y para llevar a cabo una recuperación integral de las víctimas.

2. Vulnerabilidad e indefensión

Ante situaciones de violencia continuada es fundamental las circunstancias que hacen posible la permanencia de las víctimas bajo la violencia y ver su origen, pues de lo contrario, en lugar de identificar los elementos que pueden llevar a una indefensión y a una vulnerabilidad, pueden ser tomadas como una manifestación de su intrascendencia y de la aceptación por parte de quien las sufre.

En realidad la situación es muy diferente y no exenta de complejidad, pues habitualmente es producto de la interacción de diferentes tipos de factores, desde los individuales a los sociales y culturales, todo ello a lo largo de un tiempo que hace de los hechos un proceso.

En el caso de la violencia de género aparecen dos factores que llevan a un mismo resultado, por un lado la indefensión propia de unos valores que hacen integrar dentro de la “normalidad” aceptada las actitudes y conductas relacionadas con la “autoidad” del hombre en la relación de pareja, y por otro, los efectos sobre las víctimas de la violencia continuada (acoso). Esto hace que en algunas ocasiones surja la reflexión sobre si es el acoso el que lleva a la indefensión o es la indefensión la que se presenta como elemento fundamental para que se pueda producir este, puesto que parece que la incapacidad para defenderse es un elemento necesario para garantizar la impunidad y la estrategia ascendente del que lo ejerce, ya que de lo contrario el acoso con su reincidencia implícita no pasaría de las primeras agresiones.

La mujer parte de una situación de indefensión en una sociedad androcéntrica en la que es relegada a una posición secundaria, que puede ser mantenida, incluso, con el recurso a la violencia. La realidad es clara, con independencia de esa marginación violenta, la mujer dispone de menos mecanismos y vías para responder ante determinados ataques, o lo que es lo mismo, las mujeres en nuestra sociedad presentan una indefensión general que se materializa y objetiva de muchas formas, pero muy especialmente ante las actitudes masculinas en general y las conductas del hombre en particular.

La palabra acoso etimológicamente procede del latín, “*cursus*”, derivado de “*currere*”, que significa correr, e indica una acción de persecución sin descanso hasta dar caza a la presa perseguida. Los acosos suponen una actitud mantenida en el tiempo destinada a quebrar la voluntad de la víctima y a conseguir un objetivo concreto relacionado con las circunstancias en las que se producen y con las pretensiones del agresor, pero al mismo tiempo todo ello es recubierto por elementos teóricamente ajenos a dichas conductas, que se presentan como destinados a otro fin y encubiertos por una aparente normalidad. Esta situación hace que la situación de acoso conlleve una respuesta defensiva de la víctima, que conforme va prolongándose en el tiempo va produciendo un agotamiento en la resistencia física y, sobre todo, en la psíquica, que la conducen a una situación de vulnerabilidad, o lo que es lo mismo, a la indefensión. Esta última situación es ajena a la personalidad de la mujer, es una percepción de ella ante la realidad social, sus mecanismos y respuestas ante determinadas conductas y actitudes, pasa ya a ser algo de la víctima, una circunstancia que da lugar a una serie de alteraciones que la sitúan en un contexto caracterizado por una serie de alteraciones y modificaciones que, de no ser cambiado, la llevarán a una situación de daño.

Luego la realidad es tan clara como el panorama desolador para la mujer: las mujeres parten de una situación de indefensión derivada de la discriminación de género sobre la cual sufren acosos de diferente tipo que las hacen más indefensas en la sociedad androcéntrica, que no sólo lo permite sino que también lo favorece. Se establece así un círculo en el que se incluyen muchos ciclos, pero todos terminan en el mismo punto, en la victimización de la mujer.

Nos encontramos ante una indefensión agravada o “doble indefensión”; la primera que podría ser denominada como indefensión estructural, general y que afecta a todas las mujeres, y otra que podríamos considerar como indefensión provocada o adquirida, más específica y concreta, que afecta a determinadas mujeres como consecuencia de estar inmersas en una situación de indefensión derivada de la violencia y las agresiones.

Estos elementos sitúan a las mujeres en una posición de vulnerabilidad ante la violencia ejercida por los hombres en determinados contextos y circunstancias, y de manera muy especial en la relación de pareja.

2.1. La indefensión adquirida y los acosos

Existe una tendencia a considerar como acoso, agresión o incluso su resultado, la lesión, como aquello que dice el derecho que es una agresión, un acoso o una lesión. Hay una actitud generalizada a delimitar según los conceptos jurídicos determinadas conductas que quiebran principios legales y atentan directamente contra los tipos penales recogidos en el código. Todo ello es una visión reducida y marcada por la práctica de conductas y hechos más amplios y con un significado que trasciende al jurídico o legal.

Es cierto que la parte que afecta al derecho es un componente fundamental desde el punto de vista social e individual, pero no es el único y, en ocasiones, ni siquiera el más importante. No debemos, pues, limitar las conductas al derecho y menos aún considerar que su significado sólo es el recogido en los textos legales; el acoso no debe ser confundido con el delito de acoso, la violación con el delito de violación ni las lesiones con el delito de lesiones.

El hecho de que una determinada conducta no pueda encuadrarse en un tipo penal no significa que no se haya producido y que su resultado no haya sido lesivo para quien la ha sufrido. Es cierto que el derecho va delimitando, concretando y definiendo progresivamente este tipo de circunstancias que la sociedad va considerando como hechos distintos, pero precisamente por eso debemos mantener una actitud crítica con vistas a seguir estudiando y delimitando la realidad que se esconde detrás de cada una de dichas conductas. Aún así, insisto, la parte jurídica será una más, quizá muy importante, pero tan sólo una más de las múltiples caras que presentan las conductas violentas.

La “carrera” que supone la conducta de acoso (entendido como violencia continuada) sobre la víctima hace que vayan apareciendo una serie de alteraciones psicológicas que deterioran y afectan a la mujer en todos los ámbitos en los que se desarrolla, aunque en un principio se limiten al terreno en el que se produce la agresión. La situación es similar a lo que les ocurre a las mujeres sometidas al ciclo de violencia de los malos tratos, hay una reacción psicológica inmediata o aguda que estará relacionada con los primeros momentos de acoso o de la agresión y de cada uno de sus episodios, pero conforme se van repitiendo o manteniéndose la conducta de acoso, esos síntomas agudos van sustituyéndose por una sintomatología más larvada, más interiorizada en muchos casos, pero con efectos más negativos sobre la mujer.

Alexandra SYMONDS propuso la denominada “Psicología de los sucesos catastróficos” como un modelo útil con el que analizar las respuestas emocionales y conductuales de las mujeres frente a las que se había dirigido algún tipo de violencia, observando que las reacciones a los traumas ocasionados por sus parejas o personas cercanas están muy próximas a las de los supervivientes de diferentes tipos de sucesos traumáticos.

Al igual que otras víctimas, la primera reacción normalmente consiste en una autoprotección y en tratar de superar el suceso (KEROUAC y LESCOP, 1986). Suelen aparecer reacciones de shock, negación, confusión, abatimiento, aturdimiento y temor, dependiendo de la intensidad del mismo y de la percepción ante él.

Estudios clínicos han comprobado que las víctimas viven sabiendo que en cualquier momento se puede producir una nueva agresión. En respuesta a este peligro potencial, algunas de las mujeres desarrollan una extrema ansiedad, que puede llegar hasta una verdadera situación de pánico. La mayoría de estas mujeres presentan síntomas de incompetencia, sensación de no tener ninguna valía, culpabilidad, vergüenza y temor a la pérdida del control. El diagnóstico clínico que se hizo en la mayor parte de los casos fue el de depresión (HILBERMAN, 1980). El seguimiento de las víctimas ha demostrado como la sintomatología se va modificando y como tras el tercer incidente el componente de shock desciende de forma significativa. BROWNE ha comprobado como estas mujeres a menudo desarrollan habilidades de supervivencia más que de huida o de escape, y se centran en estrategias de mediar o hacer desaparecer la situación de violencia.

Existen dos condicionamientos fundamentales en relación con las lesiones psíquicas, que también se dan en el acoso:

- La repetición de los hechos da lugar a un mayor daño psíquico, tanto por los efectos acumulados de cada agresión, como por la ansiedad mantenida durante el período de latencia hasta el siguiente ataque.
- La situación del agresor respecto a la víctima. Desde el punto de vista personal el agresor es alguien con quien ella mantiene algún tipo de relación y contacto.

Todo ello repercute en la percepción y análisis que hace la mujer para encontrar alternativas, viéndose estas posibilidades limitadas y resultando muy difícil la adopción de una decisión. La consecuencia es una reinterpretación de su vida y de sus relaciones interpersonales bajo el patrón del acoso y del aumento de los niveles de violencia, lo cual hace que la respuesta psicológica al trauma y la realidad del peligro existente condicionen las alteraciones psíquicas a largo plazo.

Las reacciones a largo plazo incluyen temor, ansiedad, fatiga, alteraciones del sueño y del apetito, pesadillas, reacciones intensas de susto y quejas físicas: molestias y dolores inespecíficos, siempre dependiendo de las circunstancias del acoso (GOODMAN et al, 1993). Tras el ataque las mujeres se pueden convertir en dependientes y sugestionables, encontrando muy difícil tomar decisiones o realizar planes a largo plazo. Dependiendo del tipo de relación que mantenga con el agresor y como un intento de evitar un abatimiento psíquico mayor, puede adoptar expectativas irreales para

conseguir una adecuada recuperación, persuadiéndose ellas mismas de que pueden reconstruir y superar en cierto modo lo ocurrido y que todo volverá a ser como antes (WALKER, 1979). Como ocurre en otras víctimas, las mujeres aprenden a sopesar todas las alternativas frente a la percepción de la conducta violenta del agresor.

Por diferentes mecanismos y por razones distintas en cada caso, se llega a una situación en la que la propia víctima minimiza los efectos de su situación, pero al mismo tiempo presenta toda una serie de alteraciones psicológicas que la hacen más vulnerable y la conducen a una situación de mayor indefensión.

2.2. Los efectos de la indefensión

Las alteraciones psíquicas descritas en el punto anterior se encuadran dentro del denominado síndrome por estrés postraumático, lo cual implica la posibilidad de sufrir crisis o agravamientos de la situación ante determinados estímulos, incluso tiempo después de haber sufrido la última agresión y en un ambiente completamente distinto.

En cualquier caso, bajo sus efectos la víctima modifica por completo su vida, lo cual afecta a todos los campos en los que se relaciona, y, sobre todo, a la propia situación que vive con el agresor, hasta el punto de actuar como factor que las ata a la propia relación violenta.

La violencia hacia la mujer por parte del hombre en el seno de una relación establecida, o ha sido negada, o ha sido considerada como normal, o ha sido minimizada, tanto en el hecho como en sus consecuencias.

Los argumentos que defendían cada una de estas posiciones han sido muy diversos. Una idea ha predominado y ha sido repetida en numerosas ocasiones de forma insistente utilizándola como ejemplo claro de la posición defendida por el hombre: la permanencia de la mujer en la relación a pesar de la violencia contra ella; lo cual es interpretado como una especie de aceptación que es ratificada por su silencio. Nadie más que ella debe querer finalizar con esa situación, y nadie más que ella debería saber cuando.

Si alguien mantiene una relación que se dice que está caracterizada por el maltrato, el acoso y, en cualquier caso, por la agresividad es porque, o no es cierto que esto está ocurriendo (al menos con la gravedad con la que se presenta), o la mujer acepta esa relación e incluso la actitud violenta del hombre. Si a estas hipótesis se unen las manifestaciones y actitudes de algunas víctimas maltratadas, mostrando gran preocupación por lo que le pueda pasar a su agresor e incluso sentimientos de amor hacia él, los argumentos de los que defienden que en el fondo el problema del maltrato no existe adquieren una consistencia muy difícil de rebatir si no se analiza la situación con mayor profundidad.

Los principales elementos que hacen a la mujer permanecer en la relación o en el ambiente en el que se produce la violencia se pueden encuadrar en dos grupos, los factores socio-culturales y los psicológicos.

Factores socio-culturales

Los estudios, entre otros los de GELLES (1976) y BROWNE (1987), han demostrado que hay razones socio-culturales que hacen que la mujer permanezca en ese tipo de relación, incluyendo la falta de alternativas, el temor a la desaprobación de familiares y amigos, la preocupación por la pérdida de lo que supone la relación (trabajo, hijos, hogar...) y el miedo a las represalias del agresor.

No hay que olvidar que una gran parte de la sociedad culpabiliza a la mujer de la situación en la que se encuentra. Si además percibe que cualquier medida que tome puede precipitar la ruptura de la relación establecida, ella misma se verá como última responsable de ese final. Si a estas circunstancias unimos la dependencia económica que suele existir entre la víctima y el agresor, y la dificultad inherente a nuestra sociedad de iniciar una nueva vida, especialmente en las circunstancias de la mayoría de las mujeres maltratadas o acosadas, no resulta difícil entender porqué la mujer no se decide a dar el paso para romper la relación.

Factores psicológicos

El acoso y el maltrato vienen caracterizados por la coincidencia de lesiones físicas (maltrato) y psíquicas, por una dinámica propia con fases alternativas de extrema agresividad y afecto, por lo impredecible de los ataques, por la falta de motivos que los precipiten, por la incapacidad de la mujer para evitarlos, por la repetición de los hechos... todo lo cual va originando un deterioro psíquico progresivo que finaliza en el síndrome por estrés postraumático.

Dentro de las alteraciones psicológicas que aparecen en este síndrome destacan los sentimientos de baja autoestima, la depresión y la sensación de desamparo e impotencia. La mujer se encuentra en una situación de apatía que le impide afrontar el problema y tomar decisiones válidas para salir de ese ambiente. Además, ante determinadas circunstancias vuelve a revivir toda la experiencia traumática que la ha llevado hasta esa situación, hecho que agrava aún más su estado.

La conducta seguida por el agresor también conduce a esta situación de esclavitud, ya no por sus últimas consecuencias psíquicas, sino por el modo de llevarla a cabo.

El abuso emocional suele seguir una estrategia que ataca tres aspectos básicos de la mujer. En primer lugar se produce un ataque social, tratando de romper con la familia, amistades, trabajo,... En segundo lugar el ataque se lleva contra las conexiones de identidad del pasado, cortando con todo lo que la une a sus recuerdos y con el tiempo anterior a la relación, y, finalmente, se produce un ataque hacia la identidad actual, criticando y recriminando, tanto en público como en privado, su conducta, aficiones, defectos, iniciativas, modos de hacer las cosas, forma de pensar,... Se consigue así un auténtico "lavado de cerebro" que la anulan por completo, conduciendo a lo que nosotros hemos definido como "personalidad bonsái". La mujer queda empequeñecida al ser todas sus iniciativas cortadas por la persona de la que depende, como el bonsái que es podado por quien lo abona y riega. En definitiva, unas veces por los efectos del cariño mostrado tras la agresión, otras por los del abandono de sí misma como consecuencia del maltrato, hacen que la mujer sea incapaz de escapar. La indefensión estructural se ve agravada por una indefensión adquirida.

La situación resultante ha hecho que en ocasiones sean denominadas gráficamente como “**esclavas psicológicas**”. Anna FREUD acuñó el término de “*identificación con el agresor*” para describir este proceso. Cuando alguien está en una situación de amenaza para su integridad o para la vida en inferioridad de fuerzas respecto al agresor, empieza a identificarse con él como forma de protegerse del peligro. De acuerdo con Anna FREUD una víctima potencial cree que si pudiera ver el mundo a través de los ojos del agresor, podría ser capaz de salvarse a sí misma de su destrucción.

Susan PAINTER y Donald G. DUTTON hablan de **unión o lazo traumático** basándose en las características de este tipo de relación, pero resaltando el hecho de que una de las personas mantiene una situación de superioridad y poder y que la agresión se produce de forma intermitente e impredecible. La actitud afectiva también es destacada como una de las claves de su mantenimiento y perpetuidad. Según estos autores las conductas de afecto o de ausencia de violencia puntual hacia la víctima actúan como refuerzo de los valores positivos que existen en la relación, haciendo coger esperanza de que cada nueva ocasión va a ser la definitiva y que las razones y explicaciones esgrimidas en ese momento sí son creíbles, puesto que en parte se basan en la crítica de las anteriores y en el deseo de la mujer de salvar la situación.

3. Integral e integrar: respuesta ante la violencia de género

Luz y oscuridad, tinieblas y claridad,... siempre han sido relacionadas con determinadas formas de lo positivo y lo negativo, de conocimiento e ignorancia, y sin que tengamos al mayor interés en introducirnos en lo parasicológico, sí merece la pena hacer una reflexión sobre esas construcciones y asociaciones que la sociedad establece desde un punto de vista práctico, pues esa aceptación tradicional entre una y otra asociación lleva a una reflexión interesante.

Si lo oscuro ha sido puesto en relación con lo desconocido y lo negativo, el hecho de que al hablar de violencia de género se haya ignorado y no se haya querido conocer la realidad como situación, pero sobre todo como significado, sólo puede ser una situación negativa que de alguna manera ha de ser erradicada en su origen, no sólo combatida en su manifestación última.

Es la mirada encendida con la luz del conocimiento la que debe dirigir el foco allí donde los ojos deben detenerse para poner de manifiesto la injusticia de la desigualdad, y así después hacerla desaparecer. No bastará en ninguno de los casos centrar la atención sobre las manifestaciones, especialmente graves que logran superar y salir del ambiente de tinieblas generado por la violencia, esas necesitan los recursos de la sociedad para superar la situación, pero ya estarían fuera cuando las instituciones actúen. El verdadero esfuerzo está en conseguir una luz lo suficientemente intensa como para iluminar directamente los recovecos más ocultos y para que el resplandor supere los múltiples obstáculos que una cultura históricamente patriarcal pondrá para que determinadas situaciones continúen en la zona de la indiferencia.

El conocimiento médico-forense no puede limitarse a las cuestiones técnicas sobre las consecuencias de las conductas violentas, pues la valoración y las implicaciones del estudio quedarán limitadas a lo concreto sin poder informar sobre cuestiones relacionadas con lo ocurrido que forma parte de ese “informar e ilustrar”, para que quien tiene que tomar decisiones sobre lo ocurrido disponga de una imagen global que le permita adoptar sus decisiones con Justicia, tanto por lo ocurrido como por restablecer una situación que evite nuevos conflictos, al no haber resuelto adecuadamente las circunstancias que han dado lugar a esa conducta delictiva. La valoración de las lesiones producidas en agresiones aisladas se ha venido haciendo históricamente y sólo ha sido recientemente, al trascender el estudio médico-forense de la valoración exclusiva del resultado, cuando el conocimiento de la realidad social a partir de las observaciones forenses se ha visto enriquecido, y cuando los Médicos Forense, por su parte, han ganado en referencias científicas y en reconocimiento social.

No obstante, al tratarse de una “violencia estructural”, es decir, enraizada en las normas de la cultura que de un modo u otro han permitido que dicha violencia sea una realidad en nuestra sociedad, la actuación médico-forense se encontrará con todos los obstáculos propios de lo que es una concepción de la violencia como una situación anormal, no como parte de la estrategia que al agresor ha decidido establecer para mantener su posición de privilegio amparándose en la normalidad.

La aproximación global al estudio y valoración de la violencia de género permitirá conocer las circunstancias que permitan poner luz al complejo y difícil entramado que se suele presentar en forma de denuncia, para poder informar en los términos necesarios sobre todas las personas implicadas en los hechos, por una parte las víctimas (mujer y menores) y por otra el agresor. Con esta objetivo la reciente Ley Orgánica de Medidas Integrales contra la Violencia de Género, de 29 de diciembre, ha incluido en su Disposición Adicional Segunda la creación de las Unidades de Valoración Integral de Violencia de Género (UVIVG) en cada Instituto de Medicina Legal.

Los Institutos de Medicina Legal (IML) y la valoración forense permiten aproximarse a la violencia de género desde una perspectiva global, pues el abordaje contempla la situación clínica de las mujeres, pero al mismo tiempo las consecuencias jurídicas de los hechos, todo ello dentro de un determinado significado social. Y como tal aproximación global es testigo de las dificultades existentes para relacionar una determinada sintomatología con una etiología concreta, en este caso el maltrato derivado de la violencia de género. El proyecto de las UVIVG pretende analizar e identificar los elementos que permitan diagnosticar la etiología violenta de una serie de cuadros clínicos que, si bien no sólo aparecen como consecuencia de una situación de violencia mantenida y repetida, su manifestación y su puesta en relación con las circunstancias obtenidas durante la investigación, sí permiten llegar a ese diagnóstico y a descartar otras causas etiológicas, de manera que quede establecida la especificidad en la etiología del cuadro. Para conseguir este objetivo general se procederá al estudio de la violencia de género partiendo de una perspectiva global que incluya la valoración de las víctimas de la misma (mujeres y menores) así como del agresor. El estudio se centrará en las manifestaciones agudas y crónicas de la violencia, así como en el efecto sobre los menores y las menores de la denominada “exposición a la violencia”, todo ello con el fin de conseguir, en la medida de lo posible, demostrar objetivamente el cuadro y establecer su relación de causa a efecto con la violencia, de manera que se eviten las actitudes que tienden a no apreciar el daño diagnosticado por ser considerado como inespecífico.

Las implicaciones de la puesta en funcionamiento de las UVIVG no se limitan exclusivamente al campo médico-legal, también pretende romper con la idea de violencia como algo pasado, especialmente en la violencia de género en la que los factores inherentes a ella hacen que la reincidencia sea muy elevada, y mantener una orientación proactiva tanto con las víctimas (mujeres y menores), para valorar las consecuencias sobre la salud física y psíquica, como sobre el agresor, para establecer los elementos que indiquen la probabilidad de volver a cometer hechos similares ante la presencia de amenazas en ese sentido, especialmente en estos momentos en los que la nueva reforma del Código Penal, entrada en vigor el 01-10-2004, establece medidas alternativas a la pena según la valoración psiquiátrico-psicológica del agresor. De este modo el análisis contemplará la valoración médico-forense objetiva y los elementos que puedan condicionar las consecuencias futuras en un sentido determinado, para así adoptar las medidas más adecuadas, tanto desde el punto de vista judicial, como sanitario y social.

Pero si los estudios tradicionales sobre la violencia de género se han centrado fundamentalmente en el resultado y, en consecuencia, sobre la víctima, dejando en un lugar secundario al agresor, los menores que conviven en el seno de esa relación de pareja han quedado en un lugar mucho más apartado. Recientes trabajos han puesto de manifiesto que el porcentaje medio de menores maltratados junto a las mujeres es del 40% (APPEL y HOLDEN, 1998). A pesar de esta elevada incidencia referente a la agresión directa por parte del agresor, los trabajos más recientes han revelado que el 100% de los niños y niñas que conviven en una relación en la que la violencia de género se ha instaurado sufren los efectos de la denominada “exposición a la violencia” (JOURILES, McDONALD y NORWOOD, 1999), por lo que desde una perspectiva global que pretenda alcanzar una valoración integral, también se debe incluir la el estudio de los menores a la hora de valorar los casos de violencia de género.

Estas circunstancias son las que han llevado a considerar la violencia contra las mujeres como algo más que la existencia de una serie de casos aislados, definiéndola como un síndrome, el Síndrome de Agresión a la Mujer, dentro del cual se encuadraría el Síndrome de Maltrato a la Mujer. La Ley Orgánica de Medidas de Protección Integral Contra la Violencia de Género recoge la necesidad de valorar los casos de violencia desde esta perspectiva global para que se conozcan todas las consecuencias de la violencia, no sólo de las agresiones, y para que sobre esa realidad se contribuya a adoptar todas las medidas que permitan resolver la situación, no sólo la denuncia. De este modo se puede actuar tanto sobre la situación actual de la mujer y los menores víctimas de violencia, como sobre las circunstancias que pueden hacer que la agresión se vuelva a repetir, para actuar también de manera preventiva.

La creación de las UVIVG parte de los déficits señalados que existen en la práctica para alcanzar el diagnóstico global de la violencia de género y, por tanto, para realizar su valoración integral. Se pretende introducir el concepto de valoración integral y demostrar la necesidad de esa valoración global que abarque una doble dimensión, por un lado la referente a los sujetos que conforman la violencia, mujeres y menores como víctimas, y agresor como sujeto activo, y por otra la temporal, que permita valorar la situación de violencia desde una perspectiva evolutiva responsable de las consecuencias crónicas en las víctimas y de la adopción de la violencia como recurso habitual por parte del agresor, y del resultado en forma de lesiones agudas tras la última agresión.

Para ello, al margen de la descripción de esta realidad, el estudio persigue alcanzar los elementos que faciliten la toma de decisiones desde una perspectiva global, tanto sobre la mujer y menores víctimas de la violencia de género, como sobre el agresor autor de la misma.

4. Recuperación y reparación

Entendida la violencia de género como la construcción de una relación desigual sobre la violencia con el objeto de mantener un control de la mujer y una posición de beneficio para el hombre (instrumentalidad), la valoración de la misma debe hacerse desde una perspectiva global que permita incluir todas sus manifestaciones y derivadas y, de este modo, conseguir una respuesta integral, en el sentido de solucionar cada una de ellas de manera coordinada, simultánea y sobre la referencia común de quien ha sufrido el daño, no de los hechos en abstracto.

Este planteamiento lleva a distinguir entre la reparación del daño y las consecuencias que se hayan podido derivar de la violencia, y la recuperación de la mujer y los menores que la han sufrido, pues la única solución verdadera pasa por esta última, la recuperación, dentro de la cual la reparación de los daños sufridos debe presentarse como condición previa.

La recuperación integral exige a su vez que se aborde desde la misma perspectiva global requerida para el estudio de la violencia, para así permitir actuar sobre todos los campos afectados y minados por la violencia hasta hacer desaparecer la vulnerabilidad generada en ese contexto de violencia mantenida. No puede haber recuperación integral si no existe una respuesta proporcional de la sociedad frente a los hechos y su significado, no sólo ante las lesiones y las alteraciones que se hayan ocasionado.

La recuperación debe situar a la víctima en el lugar de donde ha sido desplazada por los efectos de una violencia continuada repleta de agresiones repetidas, y ello debe conllevar un diseño conjunto de todas y cada una de las medidas que han de ponerse en marcha ante los casos de violencia. No se puede conseguir la pretendida recuperación integral si las medidas dirigidas a la recuperación de la víctima aparecen fragmentadas y parciales, si, por ejemplo, se plantea la rehabilitación de los agresores como alternativa a la pena, de manera descoordinada, sin criterios objetivos ni planteamientos científicos y de forma generalizada, mientras las mujeres no cuentan con los programas suficientes para su recuperación, ni sus hijos son incluidos en muchos de los que existen, o si su protección material debe basarse en el compromiso de quien ha amenazado con llevar a cabo una agresión mortal.

La reparación completa no es una recuperación integral, es una parte de ella, pero no el todo. Hay que aproximarse a la realidad social y a la situación particular de cada una de las víctimas para adaptar la respuesta a sus circunstancias, y aunque nunca será igual a que no se haya producido la experiencia traumática vivida, la referencia de la realidad permitirá adoptar medidas particulares cada vez más individualizadas, y de este modo cubrir los espacios de la abigarrada y complicada situación que genera la violencia.

Sería como el proceso de “exhaución” desarrollado en la antigua Grecia, especialmente por Arquímedes, para determinar el área de figuras planas y complejas. Si tomamos medidas rígidas o centradas en la reparación, tendremos dos posibilidades, o la medida no coincide con la situación particular de la mujer concreta, o serán muchos los espacios y las situaciones que no se puedan abordar. Es necesario desarrollar políticas y recursos que sean lo suficientemente flexibles para adaptarse a las necesidades de los diferentes casos, y que partan del objetivo de la recuperación.

En caso contrario, no alcanzar la recuperación integral de las mujeres y menores víctimas de la violencia de género, no sólo será una situación injusta desde el punto de vista formal y moral, sino que, además, mantendrá la vulnerabilidad de las víctimas y el riesgo de futuras nuevas agresiones.

Bibliografía

Appel, AE; Holden, GW. The co-occurrence of spouse and physical child abuse: A review and appraisal. *Journal of Family Psychology*. 1998, 12- 578-599

Jouriles, EN, McDonald, R y Noewood, WD. Documenting the prevalence of children's exposure to domestic violence. Asilomar Conference on children and Intimate Violence. 1999.

Larrauri, E. (comp) *Mujeres y Derecho Penal*. Madrid: Siglo XXI de España editores, SA, 1994.

Lorente Acosta, Miguel. *Mi marido me pega lo normal*. Editorial Crítica, 2001. Edición de Bolsillo, 2003

Lorente Acosta, Miguel. *El Rompecabezas. Anatomía del maltratador I*. Editorial Crítica, 2004.

Lorente Acosta, M. Lorente Acosta JA. *Agresión a la mujer: Maltrato, violación y acoso*. Granada: Editorial Comares, 1998.

Symonds, A. Violence against women: The myth of masochism. *American Journal of Psychotherapy* 1979; 33: 161-173

Walker, L.E. *The battered woman*. Ed. Harper and Row, 1979

Koss, MP., Koss, P. and Woodruff, W. Deleterious effects of criminal victimization of women's health and medical utilization. *Archives of International Medicine* 1991; 151: 342-357.

Herman, J. L. *Trauma and recovery*. New York: Basic Books, 1992.

Stark, E., Flitcraft, A. and Frazier, W. Medicine and patriarchal violence: The social construction of a "private" event. *International Journal of Health Service* 1979; 9: 461-493.

Browne, A. *When the battered women kill*. New York: Macmillan/Free pr, 1987.

Margolin, G. Interpersonal and intrapersonal factors associated with marital violence. In G.T. Hataling (eds) *family abuse and its consequences: New directions for research*. 203-217 Newsbury Park, Ca: Sage, 1988.

Hilberman, E. Overview: The "Wife-beater's wife" reconsidered. *American Journal of Psychiatry* 1980; 137: 1336-1347

Goodman, L.A., Koss, M.P., Russo, N.F. Violence against women: Physical and mental health effects: part 1. Research findings. *Applied and Preventive Psychology* 1993; 2: 79-89

Goodman, L. A., Koss, M. P., & Russo, N. F. Violence against women: Mental health effects: Part 2. Conceptualizations of posttraumatic stress. *Applied and Preventive Psychology* 1993; 2: 123-130.

